



ABRÍO LOS OJOS

Abe

**Abrió los ojos**

Registro Propiedad Intelectual: 00/2014/822

ISBN 978-84-616-9876-9

Depósito Legal GU-051-2014

Primera Edición, abril de 2014

Diseño de la cubierta: Abe

Fotografía de la cubierta: Abe y Raquel

Imprime y Distribuye: [www.abriolosojos.wordpress.com](http://www.abriolosojos.wordpress.com)

Impreso en España - Printed in Spain

## AGRADECIMIENTOS

Gracias a Ángel, Diana, Fran, Sole, Carol y Raúl por aportar su pequeño granito de arena y, en especial, a Raquel Beteta; dura crítica y fuente de inspiración.

A Raquel, mi Raquel, gracias por todo...

Para Raquel...



# 1

*Una hoja del calendario que estaba colgado en la pared cayó al suelo de la habitación, la del mes de junio de 1998. Era su decimosexto cumpleaños. Abrió los ojos y miró a su alrededor. Sus pupilas se contrajeron al instante y sintió un destello que la cegó por unos segundos; el sol entraba con fuerza por una rendija de la persiana ese 1 de julio.*

*Su vista comenzó a recuperarse poco a poco pero aún veía borrosas las familiares paredes. Tenía una sensación extraña, su dormitorio era el de siempre pero le daba la impresión de estar en otro lugar. Hacía calor y se levantó de la cama. Se acercó a la ventana, subió la persiana y abrió una de las hojas. Al otro lado de la calle, en la acera de enfrente, se encontraba parado un hombre maduro vestido con traje y corbata. Él la miró, le sonrió y ella le devolvió el gesto.*

*El viento que entraba por la ventana le golpeó en la cara y un escalofrío recorrió su cuerpo. Entonces tuvo un presentimiento, se miró a sí misma y se dio cuenta de que estaba desnuda. Inmediatamente la sonrisa de su cara se convirtió en una mueca de vergüenza. Se apartó de la ventana con la cara desencajada, ¡ese hombre le ha-*

*bía visto desnuda! Sentada en la cama miró de nuevo a su alrededor, sintiéndose otra vez extraña en su propio cuarto.*

*Una ráfaga de aire hizo volar la hoja del calendario del mes de junio por todo el cuarto posándola finalmente como una pluma sobre su cama. Lo miró detenidamente, sin parpadear, hasta que alguien llamó a la puerta...*

Abrió los ojos y sus pupilas se contrajeron con rapidez. Veía todo borroso a causa de la claridad que entraba por una rendija que dejaba la persiana. Estaba sudando; de nuevo esa pesadilla que tuvo aquella noche en su decimosexto cumpleaños. Ahora, a los treinta y uno, había vuelto a soñar lo mismo que soñara quince años atrás. No entendía su significado ni la razón por la cual su mente había vuelto a reproducirlo después de tanto tiempo.

Miró el calendario colgado con una chincheta en la pared de su habitación. Se levantó, dio varios pasos, sujetó el calendario con una mano y con la otra arrancó la hoja del mes de junio, arrugándola y arrojándola a la papelera que había en la esquina. Era 1 de julio, su cumpleaños. Se giró y pudo verse reflejada en el espejo de cuerpo entero que tenía frente a ella, en la pared opuesta. Se miró a sí misma, a los ojos, y una sonrisa iluminó su cara. Se sentía radiante.

Deslizando los dedos bajo la goma de la braguita la desplazó hacia abajo, dejándola caer en el suelo, y fue a la ducha. Para ella, una de las cosas más placenteras del día era un abundante chorro de agua a primera hora de la mañana; le despejaba haciéndole sentir equilibrada y llena de energía.

Abrió el armario, echó un vistazo rápido y cogió unos vaqueros azules y una camiseta blanca, había quedado en quince minutos con Sandra para desayunar. Se puso sus zapatillas deportivas favoritas, cogió el bolso, se lo colgó del hombro y sacó las llaves de casa para cerrar.

Al dejar atrás el ascensor oyó cómo se cerraban las puertas tras de sí en el recibidor del bloque de viviendas donde se encontraba su casa; un pequeño pero acogedor apartamento en el centro de Madrid.



Salió al vestíbulo y fue hacia la puerta principal. Debían ser más de las diez de la mañana y el sol brillaba con fuerza aquel día de verano. Giró a la derecha y caminó por la acera de Gran Vía disfrutando del frescor que aún ofrecía el día.

El ruido del tráfico a esas horas era intenso y se imaginó cómo sería la ciudad en silencio... Sería maravillosa. De pronto le vino a la mente la conversación con Sandra del día anterior, su propuesta de trabajo. Había estado hasta ese momento esquivando ese pensamiento pero ahora no podía hacerlo; ¿Aceptaría?. La idea no acababa de gustarle salvo porque había sido despedida tres días antes del trabajo donde estuvo los últimos once años. En ese momento, al recordar su antiguo empleo, supo que no quería volver a encerrarse nunca más en una oficina llena de papeles, biombos de separación, mesas y sillas, teléfonos, faxes y demás objetos impersonales; todos ellos dentro de una oficina igualmente fría e impersonal. Odiaba su trabajo de administrativa en el BKS BANK más de lo que nunca hubiera imaginado. Ahora, echando la vista atrás, se daba cuenta de que había entregado los mejores años de su vida a un sistema que le repudiaba y decidió que jamás volvería a vender su vida por un sueldo con el que, la mayoría de las veces, no llegaba a final de mes; empezaba a ser consciente por primera vez de que quería ser dueña de su destino.

Al girar en la esquina por la calle siguiente se dio cuenta de que ya estaba llegando a *El Despacho*, el bar donde solía quedar con Sandra. Al fondo podía ver a su mejor amiga desde que se conocieran en el instituto, estaba sentada en una de las mesas de la terraza, hojeando la carta.

- ¡Felicidades, Lucía! –Sandra se levantó de la silla y le dio dos besos. Estaba realmente contenta de verla.
- Gracias –contestó ella –ya soy un año más vieja, aunque a decir verdad no me preocupa, jajaja –dejó salir una suave carcajada.
- Me alegro de verte hoy tan positiva, ayer parecías un poco agobiada.

- No he tenido un buen fin de semana. Que me despidieran el viernes no ha contribuido a ello y, además, esta noche he vuelto a tener aquella pesadilla.
- ¿Esa es la que te mueres de vergüenza porque un tipo trajeado te ve desnuda por la ventana?
- Sí, esa.
- Y hoy es tu cumpleaños, como en tu sueño, ¿Casualidad? – Sandra estaba sorprendida de la coincidencia.

El camarero se acercó a su mesa, iba vestido con pantalones negros y camisa blanca, armado con libreta y bolígrafo.

- ¿Qué van a tomar, señoritas? –el camarero miró a Lucía de arriba abajo a la par que preguntaba.
- Yo quiero un cortado y una tostada con tomate –dijo.
- Yo tomaré un café con leche y también una tostada –contestó Sandra.

El camarero apuntó los desayunos en la libreta y de nuevo miró a Lucía de pies a cabeza, dio media vuelta y entró en el bar.

- ¿Has visto cómo te ha mirado?, no deberías pensarte demasiado aceptar el trabajo en el *Luna Llena* –Sandra le dirigió una mirada cómplice.
- Sí, ya me he dado cuenta –contestó Lucía con una media sonrisa.
- Y qué, ¿lo harás?
- No lo sé, ayer estaba convencida de rechazarlo pero hoy...
- Hoy ya no estás tan segura... Creo que últimamente has tenido demasiadas emociones.
- Supongo, ahora veo todo desde otra perspectiva. Durante todo el fin de semana me he sentido agobiada y perdida, pero hoy... Me siento genial, liberada, miro la ciudad y veo un mundo de posibilidades a mi alcance. Quiero dar un giro a mi vida –a Lucía se le iluminaron los ojos al decirlo.
- Bueno, piénsalo bien, no tienes que contestar hasta mañana –dijo Sandra con tono tranquilizador.

Sandra trabajaba en el *Luna Llena* desde hacía casi un año. Ahora el club necesitaba más chicas y, aprovechando que Lucía se había quedado sin trabajo, se lo ofreció.

Bailar en un club no era el sueño de su vida. De hecho, hacía mucho tiempo que se avergonzaba de su propia desnudez pero, en esos tiempos, buscar trabajo era complicado. Además, esa mañana se levantó diferente, se había dado cuenta de que necesitaba de verdad cambiar el rumbo y, por extraño que pareciera, la oferta de Sandra ahora le parecía atractiva y atrevida; la chispa que faltaba en su vida. Sabía que llevaba muchos años viviendo por inercia, haciendo las cosas como se supone que han de hacerse y no como ella quería hacerlas.

En ese momento llegó el camarero con los desayunos, les sirvió y volvió a entrar dentro del bar.

- ¿Quieres pasar esta noche por el club?, ven a tomar una copa y te enseño el local, te ayudará a decidirte –Lucía nunca había ido al *Luna Llena* y ahora, como mínimo, tenía curiosidad por conocer el sitio donde trabajaba su amiga.
- Sí, creo que iré a verlo –contestó mientras tomaba un sorbo de café.
- Va a encantarte, el ambiente es genial y el trabajo es... Diferente.
- Desde luego que lo es, pero no sé si seré capaz de hacerlo –contestó Lucía.
- Vas a sentirte deseada y sé que eso te gustará. Estoy segura de que descubrirás alguna faceta tuya que desconoces.
- Esta noche comprobaré las sensaciones que tengo... Quién sabe, quizá sí que descubra algo nuevo en mí.

Cogió su bolso, se levantó seguida de Sandra y, tras pagar la cuenta, se perdieron cada una por su lado entre la multitud de gente que caminaba a esas horas por la ciudad.

*Vas a sentirte deseada...* Ese comentario de Sandra se repetía una y otra vez en su cabeza y su subconsciente no dejaba de darle vueltas. ¿Sentirse deseada? Era consciente de que su cuerpo llamaba la atención a la mayoría de los hombres, incluso a muchas mujeres pero, ¿ganarse la vida con ello? y ¿por qué no?

Entró en su habitación para dejar las bolsas que llevaba en la mano. Todo estaba revuelto, había pasado el día de compras y ahora, al llegar a casa, se daba cuenta de que había salido por la mañana y no había regresado en todo el día. Miró la papelera de la esquina, la hoja del mes de junio continuaba arrugada encima del resto de papeles que la colmaban. Cogió la bola de papel y la estiró; números y letras aparecían resquebrajados por las arrugas provocadas al comprimirlo. Cerró el puño con fuerza y la devolvió al mismo lugar.

Mientras sacaba la ropa que se había comprado esa tarde volvió a mirar hacia el rincón, a la hoja arrugada que coronaba la papelera. Pensó que era hora de cambiar, de romper con todo. Quizá la pesadilla de la noche anterior, al igual que hiciera quince años atrás, la empujara a cambiar el rumbo de su vida.

Una década y media antes tuvo por primera vez aquel sueño. Era una adolescente que empezaba a descubrir el mundo adulto. Sus hormonas femeninas se empezaban a disparar y su cuerpo estaba sumido en un profundo cambio físico y químico. Aún recordaba su primera experiencia sexual aquella primavera de 1998 con su novio de entonces, Pablo Escudero.

El recuerdo de Pablo acariciándole el pelo al besarla inundó su mente por completo. Podía recordar con exactitud cada sensación, cada caricia y cada gesto de aquella tarde en el parque del barrio donde vivía por entonces con sus padres y su hermana mayor, cerca de O'Donnell. Su pelo dibujaba un corte a media melena por encima de los hombros, en diagonal, con la parte de la nuca más corta y, a medida que se acercaba a la cara, adquiriendo mayor longitud de forma que le caían dos mechones de pelo sobre las mejillas que intentaban abrazarle la barbilla. Era morena, de pelo liso y, en aquella época, se teñía

algunos reflejos morados fruto de la impulsividad adolescente que le corría por las venas.

Recordó que estaban tumbados en la hierba. Él hundía los dedos en su cabello, profundamente, deslizándolos por su cráneo en un masaje tan relajante y sensual que le hacía perder la noción del tiempo. Cerró los ojos y se dejó llevar por la magia del momento. Los labios de Pablo se posaron sobre los suyos y notó la suavidad y la humedad del beso. Sin que se diera cuenta, la lengua de Pablo entró hasta el fondo de su boca, hurgando en cada rincón. ¡Qué sensación! No quería que terminara nunca. Su chico metió una mano por debajo de la camiseta para acariciarle la piel, se dejó llevar de nuevo y sumergida en sus sensaciones le dejó hacer. El dedo corazón de la mano hacía círculos alrededor del ombligo y comenzó a subir por su vientre hasta que estuvo entre sus pechos. A Lucía se le escapó un gemido de placer en espera de lo que intuía iba a pasar a continuación. Pablo movió la mano hacia un lado y cubrió uno de sus pechos con ella; apenas podía encerrarlo entero dentro. Lo acarició suavemente. Dejó de besarla y se puso junto a su oído para que pudiera sentir su entrecortada respiración. Los dedos se fueron deslizando hasta el pezón, lo agarró con el pulgar y el índice y apretó. Lucía gimió de placer. Puso su mano en el vientre de Pablo y la deslizó por dentro del pantalón hasta posarla sobre su pubis, acarició el vello y bajó un poco más su mano; el miembro estaba erecto y lo agarró firmemente por la base. Comenzó a mover la mano a lo largo de él, hasta la punta, masturbándole y notando su dureza. Los dos aumentaban la frecuencia de sus jadeos al mismo ritmo que la mano de Lucía hacía su trabajo dentro del pantalón. Estaba fuera de sí, caliente como para perder el control, cuando sintió la mano de su chico recorriéndole la piel hasta introducirse dentro del pantalón ¡Ahora sí que había perdido el control! El dedo corazón de Pablo jugaba con su clítoris a la par que su humedad iba en aumento. Deslizó el dedo un poco más hacia abajo, hasta la entrada de su vagina, hizo círculos antes de entrar y, de un golpe, lo metió hasta el fondo. Lucía sintió la penetración muy en el interior y emitió un gemido de placer que casi se pudo oír por todo el parque. Apretaba el miembro

de su novio con fuerza a la vez que movía la mano cada vez más intensamente. Le miró a los ojos y observó su brillo y la expresión de su cara por la excitación, abrió la boca para emitir un jadeo y el orgasmo se hizo presente, sin previo aviso. Lucía comenzó a notar las pequeñas convulsiones que recorrían el cuerpo de Pablo mientras eyaculaba, a la par que una sensación cálida y húmeda surcó su mano, invadiéndolo todo a borbotones. Concentrada ahora en sí misma, Lucía incrementó el ritmo de su respiración y los latidos de su corazón. De pronto se dio cuenta de que apenas podía ver ni escuchar nada de lo que tenía alrededor, su mente estaba concentrada totalmente en el juego que el dedo de Pablo mantenía dentro de ella. No existía nada más en ese momento... Hasta que el orgasmo le hizo retorcerse de placer. Apretó las piernas y un escalofrío recorrió su espalda dejándola exhausta y lánguida. Agotados, ambos se quedaron tumbados en la hierba, disfrutando el momento.

Aquella fue la primera vez que tuvo relaciones sexuales con alguien que no fuera ella misma y, durante muchos años, la más placentera que recordaba. Unos días después, la noche anterior al día de su cumpleaños, aquel sueño apareció por primera vez y desde entonces su vida sexual y sentimental cambiaron totalmente, la chispa de la juventud se apagó en ella casi por completo hasta el punto de que incluso dejó de cortarse el pelo y volvió a lucir la larga melena morena que llevara cuando era niña. No estaba segura de si aquella noche tendría algo que ver, pero la realidad era que ninguna de las tres parejas que había tenido después de Pablo habían conseguido satisfacerla como él esa tarde de primavera en el parque.

Volvió a la realidad y miró el reloj de su mesilla de noche: 20:35. Había quedado a las nueve y media en el *Luna Llena* con Sandra y no quería llegar tarde. Se desnudó y se metió de nuevo en la ducha para quitarse el cansancio del día de compras. Al salir se envolvió en una toalla, secándose y alisándose la larga melena frente a su empañado reflejo.

Ya en el dormitorio se puso frente al espejo de la pared y miró su cuerpo con detenimiento; –¿podría hacerlo? –se preguntó. Deshizo el nudo de la toalla y la dejó caer al suelo. Sobre la cama había colocado un vestido rojo nuevo y unas braguitas muy sexys negras. Cogió la ropa y se vistió de pie, estudiándose meticulosamente: falda corta muy por encima de las rodillas, finos tacones, vestido escotado... Se veía genial y, por primera vez en muchos años, quería sentirse observada y deseada; quería conocer más sobre aquel club; el *Luna Llena*.



El aparcamiento subterráneo estaba casi vacío; a esas horas solamente habían llegado los empleados del club. Apagó el motor de su Seat Ibiza amarillo del 2001, cogió el bolso del asiento del copiloto y bajó la ventanilla para abrir la puerta con el tirador exterior; desde que se le rompiera la puerta hacía unos meses había decidido no repararlo porque pensaba que un coche tan viejo no merecía tal inversión.

Había quedado con Sandra en la puerta principal del local, cuando llegara le haría una llamada perdida al móvil y Sandra saldría para abrirle. Cruzó el parking hasta las escaleras que daban acceso a la calle Serrano, las subió y salió al exterior. Miró a ambos lados, la calle estaba muy transitada ese lunes de julio. Caminó unos metros hasta que estuvo frente a la puerta principal, sacó el móvil de su bolso e hizo la llamada. Mientras esperaba observó la fachada del local, era un bajo muy discreto que desde fuera daba la impresión de ser una discoteca más de la calle, con una puerta metálica ciega remetida en un pequeño portal y un único botón en el portero automático sobre el que había una minúscula placa plateada en la que podía leerse el nombre del club: *Luna Llena*. Un poco más arriba colgaba el número de la calle: 64. En ese momento se abrió la puerta y apareció Sandra dirigiéndole una amplia sonrisa de bienvenida.

– ¡Ya estás aquí! –la recibió con entusiasmo.

- Aquí me tienes, con la mente abierta para conocer cosas nuevas...
- ¡Qué guapa te has puesto, me encanta el vestido! –Sandra la observó de arriba abajo.
- Me lo he comprado esta tarde, he pasado la tarde gastando dinero.
- ¿Qué tal el tráfico?
- Tranquilo. Estaba bastante fluido.

Sandra la invitó a pasar y cerró la puerta detrás de ella. El recibidor era amplio aunque parecía más pequeño porque el suelo era de baldosas negras y las paredes y techo estaban pintados también de negro. En la pared de la izquierda aparecían colgadas unas pequeñas lámparas de acero inoxidable con forma cilíndrica que daban la luz necesaria para ver y, a la vez, crear un ambiente oscuro. Bajo ellas, una cortina tapaba un trozo de pared. Lucía supuso que sería un acceso a algún lugar privado del club. A su derecha había una salita llena de perchas colgadas y separada del recibidor por una barra de madera, lo que con toda seguridad era el guardarropa. Caminaron a través del recibidor hacia un pasillo situado al fondo. Al igual que en la estancia anterior, paredes y techo estaban pintados de negro y de nuevo las lámparas de acero inoxidable creaban un ambiente de oscura claridad.

Al cruzar el pasillo se dio cuenta de que la decoración del club era muy distinta a la que había podido ver al entrar. El suelo seguía siendo de las mismas baldosas negras, sin embargo, las paredes estaban pintadas en un tono pastel claro y revestidas de listones de madera de teca, colocados en vertical y separados entre sí unos centímetros, que creaban un ambiente cálido, amplio y luminoso. Los techos eran altos, pintados de un tono rojo claro y de ellos colgaban lámparas de araña muy ostentosas y llenas de pequeñas bombillas, cuya luz le recordó a la que proporcionan las velas.

La primera estancia que se encontraron era el bar. La barra, situada a la derecha, disponía de numerosos taburetes para sentarse a tomar una copa. A la izquierda había algunas pequeñas y robustas mesas circulares de madera y cristal, a juego con la decoración de las



paredes y con cómodos sofás de cuero de color beige alrededor para reunirse más distendidamente. Al fondo aparecía una gran abertura que daba acceso al resto de instalaciones y se atisbaba un escenario con dos barras metálicas verticales que iban desde el suelo hasta el techo. Se sentaron en dos de los taburetes giratorios, también de color beige. Observó que detrás de la barra la pared estaba cubierta en su totalidad por un gran espejo sobre el que había un montón de estanterías con botellas de licor de todo tipo. Anclado la gruesa barra de madera de teca había un enorme grifo de cerveza que parecía diseñado acorde con el sitio. Pequeños cuencos de cristal con aperitivos se distribuían a lo largo de toda de ella. De fondo se escuchaba ligeramente el hilo musical, el volumen estaba bajo pero el sonido era claro y nítido gracias a la acústica que proporcionaba el revestimiento de las paredes. No le cabía ninguna duda, el *Luna Llena* era un club para gente con alto poder adquisitivo.

El camarero se acercó a ellas al otro lado de la barra y las saludó amablemente.

- Buenas noches chicas, ¿os apetece tomar algo?
- Hola Martín –sonrió Sandra –, sírvenos un par de margaritas, por favor.
- ¡Marchando! –Contestó éste guiñándole un ojo y dando media vuelta.
- Uau, este sitio es muy lujoso –afirmó Lucía.
- Como te habrás dado cuenta, el *Luna Llena* es un club para gente con pasta –Sandra observaba la expresión de asombro de su amiga.
- Nunca me has contado detalles y, sinceramente, no me lo imaginaba así.

En ese momento el camarero les dejó las copas sobre unos posavasos de cerámica y regresó a su trabajo.

- No te he contado detalles porque todo lo que pasa aquí es confidencial –el rostro de Lucía ahora reflejaba intriga.
- ¿Confidencial?

- El *Luna Llena* es un lugar exclusivo. Es sólo para miembros y no es fácil conseguir serlo.
- Ya entiendo...

Estaba sorprendida porque aquel sitio no era lo que esperaba encontrarse. Lucía probó su copa. El cóctel estaba preparado con la combinación perfecta de tequila, jugo de limón y triple seco, sin olvidar un toque de sal en el borde de la copa.

- Ahora te presentaré al dueño, John Morgan. Un inglés apuesto y muy educado, él nos acompañará por todo el club y te lo explicará todo.
- Tengo curiosidad por conocerle –reconoció Lucía.

Realmente tenía curiosidad por conocerlo todo. Lo visto hasta el momento había conseguido que estuviera más interesada por aquel lugar.

- Sabe cómo llevar un negocio así, procura que tanto trabajadores como miembros se sientan como en casa y haya un buen ambiente, aunque él es un poco reservado.
- Creo que ahí está... –se aventuró a afirmar Lucía mirando hacia el acceso al resto de instalaciones.

John apareció al fondo de la barra, venía de la zona contigua donde se encontraba el escenario. Era un hombre de mediana edad, de unos cuarenta años, que vestía elegantemente un traje negro de raya diplomática y camisa azul. Cuando estuvo a su altura Lucía pudo observar que era castaño, casi rubio, de ojos azules, bastante guapo y ligeramente más alto que ella.

- Buenas noches señoritas –dio dos besos a Sandra y se dirigió a ella –. Si no me equivoco tú debes ser Lucía, Sandra me ha hablado de ti.
- Te presento a Lucía Vergara –anunció Sandra. John se acercó para darle dos besos y presentarse.
- Soy John, encantado de conocerte –sonrió –. Me han dicho que te gustaría formar parte de nuestro club, ¿cierto?
- A decir verdad aún tengo que decidirlo –ladeó la cabeza clavando la mirada en su amiga.

Bebió el último sorbo de su copa y la dejó sobre el posavasos, lista para la visita.

- Venid conmigo –invitó John –, vamos a ver las instalaciones y te explico todo para que acabes de convencerte, me encantaría que trabajases con nosotros –el dueño le dirigió una mirada de pies a cabeza –. Eres muy guapa –comentó.

Acompañadas de John pasaron a la sala contigua bajando una pequeña escalera de tres peldaños, en esa estancia era donde estaba el escenario que había visto desde la barra, mucho más amplia y de techos aún más altos. Repartidas por todo el espacio se encontraban las mismas mesas circulares con sillones alrededor y Lucía adivinó que serían para tomar una copa viendo bailar a las chicas.

La iluminación era similar a la que había visto en la zona del bar, sólo que la intensidad de la luz era más baja. La sensación al pisar también era diferente, miró al suelo y se fijó en que había una suave moqueta negra en lugar de baldosas. Al igual que en el bar, el hilo musical se escuchaba con una acústica perfecta gracias a las paredes forradas con listones de madera.

John se acercó al cuadro eléctrico situado junto al escenario, abrió la pequeña puerta que lo cubría y subió uno de los interruptores. Al momento se encendieron los focos de la pista elevada donde bailaban las chicas del club.

- Sandra, ¿porqué no le enseñas a nuestra futura bailarina en qué consiste? –dijo mientras volvía al centro de la sala donde estaban las dos amigas.

Sandra esbozó una media sonrisa y caminó hacia el escenario.

- Espero que te guste –miró a Lucía y subió.

Sandra dejó su móvil en un rincón y acto seguido dejó también su ropa; primero los zapatos, después los vaqueros, la camiseta y, finalmente, el sujetador. Se giró y caminó hacia una de las barras metálicas seguida por la atenta mirada de ambos espectadores.

John no perdía detalle. Lucía se percató de cómo éste recorría minuciosamente su cuerpo, desde las delgadas y contorneadas piernas

hasta su carita de ángel, recreándose en la forma en que le caía la melena sobre los pequeños, redondeados y firmes pechos.

Pegada a la barra, Sandra la agarró con las dos manos. Después, con los brazos estirados, comenzó a girar lentamente alrededor de ella al ritmo que le marcaba la música disco que sonaba por los altavoces. Se acercó más a ella, flexionando los brazos hasta notar el frío del acero en sus pechos y, moviendo levemente las rodillas, empezó a contornear la cintura. Lucía se quedó sorprendida de la sensualidad que era capaz de expresar su amiga bailando. Entonces se giró hacia John para hablarle.

- Lo hace increíblemente bien –le dijo.
- Es quién mejor baila del club –respondió.
- Parece difícil.
- Sólo tienes que sentir la sensualidad del baile y dejarte llevar, no te preocupes. Además, Sandra es una profesora estupenda, ha enseñado a muchas de las chicas nuevas –Lucía se quedó pensativa unos instantes. Después, los dos volvieron la vista de nuevo al escenario.

El frío acero parecía ser su juguete sexual, lo puso entre sus pechos y lo rodeó con las piernas. Se giró para mirarles y, con un movimiento rápido de cabeza, se cubrió los pechos con la larga melena castaña. Entonces comenzó un vaivén vertical al ritmo de la música, moviendo las caderas de la forma más erótica que Lucía había visto nunca. Levantó los brazos y se sujetó firmemente a la barra para colgarse de ella, la rodeó con las piernas y empezó a girar.

- Gracias Sandra, ya puedes vestirme, has estado genial –se dirigió John a ella para que bajara del escenario. Sandra volvió al rincón donde había dejado la ropa y se vistió.
- ¿Qué te ha parecido? –preguntó John girándose hacia Lucía.
- Bonito, sensual... Difícil –Lucía estaba sorprendida.
- Sandra te enseñará, aprenderás en unas semanas. Al principio solamente ensayarías con ella antes de abrir, luego permanecerías por la barra ayudando a los miembros en lo

que necesiten –John intentaba transmitirle confianza y seguridad –. Cuando creas que estás preparada estoy seguro de que lo harás genial.

- ¿En qué más consiste el trabajo? –en un club así estaba segura de que las chicas harían más cosas que charlar con los clientes y bailar.
- Lo único que estará en tu contrato y sueldo es el espectáculo de barra americana, el apoyo al bar sirviendo mesas y la atención amable hacia los clientes, nada más –John sabía perfectamente a qué se refería Lucía con esa pregunta –. El resto te lo contaré ahora.

Sandra bajó del escenario, ya vestida, y se acercó hasta ellos. La mirada de Lucía reflejaba cuánto le había gustado el pequeño espectáculo. Juntos de nuevo, comenzaron a caminar hacia una puerta situada a la derecha del escenario.

- Fantástica, Sandra, como siempre –dijo el dueño caminando delante de ellas –seguidme chicas, por aquí.

Las dos siguieron sus pasos y entraron en una sala circular con una enorme bañera de hidromasaje en el centro. John accionó un interruptor en la pared para ponerlo en marcha. Inmediatamente se encendieron unos focos bajo el agua y comenzaron a salir burbujas por toda la superficie. Lucía miró a los lados y vio que toda la habitación estaba rodeada por plantas exóticas de grandes hojas verdes. Debajo de éstas había varias pilas de toallas blancas perfectamente dobladas y colocadas alrededor del borde. Por un momento imaginó todo tipo de escenas que con total probabilidad habrían ocurrido en esa bañera.

- Como puedes ver, esta es la zona de relajación. Es un buen lugar para comenzar o terminar la noche, solo o acompañado –dijo John.
- Imagino que la compañía la ofrecen las chicas del club –inquirió Lucía.
- Antes te he comentado los servicios que estarían en tu contrato –John se dirigió a ella y ésta asintió con la cabeza –, pero fuera de él puedes, si algún miembro te lo ofrece y

siempre de forma personal, llegar a un acuerdo económico para prestarle los servicios que te pida. Por supuesto, los honorarios que convengas con él son íntegramente para ti. El club se desentiende de esos acuerdos –dijo para terminar.

- Entiendo... Creo que eso no es lo mío, me ceñiría a trabajar según el contrato que, por otro lado, me parece atractivo –por sus palabras daba a entender estaba pensándose seriamente aceptar la oferta.
- ¿Vemos el resto de salas? –preguntó Sandra.
- Venid por aquí.

John se dirigió a una puerta contigua seguido por las chicas y encendió la luz. Unos focos situados en el suelo, alineados junto a las cuatro paredes, iluminaron éstas hasta el techo. Eran lisas y estaban pintadas al estuco en cálidos tonos ocre, proporcionando una luz indirecta muy íntima. En el centro de la sala había una cama enorme sin almohadas, cubierta tan sólo por un edredón fucsia que colgaba por las cuatro esquinas.

- Esta sala es apropiada para mantener relaciones sexuales convencionales. Suelen entrar varias personas a la vez, todo según los acuerdos a los que las chicas llegan con los miembros –quería que le quedara muy claro que no tenía que hacer nada que no estuviese en su contrato.
- Entiendo –asintió Lucía.
- No te preocupes, si declinas la oferta de un miembro y éste insiste, comunícaselo al encargado y hablará con él –su voz sonaba segura y tajante –. Una norma fundamental del club es que no está permitido, bajo ningún concepto, molestar o incomodar a las chicas –se giró y salió de la sala –, aunque a veces ocurre. Seguidme, por favor.

Cruzaron la sala principal hasta el lado opuesto. Frente a ellos había dos puertas, una junto al escenario y otra unos metros más alejada. En primer lugar entraron por la puerta situada más cerca del escenario.

La estancia se comunicaba con la contigua a través de un hueco cubierto por dos grandes cortinas negras. Paredes y techos estaban pintados también de negro y en el suelo se veía la misma moqueta que en la sala principal.

Había barrotes metálicos sujetos a las paredes a modo de rejas y del techo colgaban focos de luz negra que apenas permitían ver hasta que las pupilas se acostumbraban a la escasa iluminación. En el centro de la habitación se encontraba una pequeña jaula construida con los mismos barrotes metálicos de las paredes –el espacio justo para una persona –pensó Lucía. En uno de los lados se apreciaba una puerta con un candado abierto.

- Esta es la sala de sumisión, se puede esposar a alguien a los barrotes o meterlo dentro de la jaula. Normalmente es a una de las chicas a quién se encierra. Como ves, no hay instrumentos que produzcan dolor, están prohibidos todos ellos dentro del club.

Lucía escuchaba atentamente lo que John le explicaba con cara de estupefacción y sin perder detalle.

- ¿Qué hay al otro lado de las cortinas? –preguntó intrigada.
- Es la habitación a la que se accede desde la otra puerta que has visto fuera, están comunicadas. Pasemos a verla.

Cruzaron a través de las cortinas y entraron en una habitación con sofás circulares de cuero negro y pequeñas mesas de cristal para dejar las copas. Al igual que la sala de sumisión, todo estaba pintado de un negro liso. Sobre cada una de las mesas había varias velas para crear un ambiente tranquilo.

- Parece la habitación más normal de todas –Lucía pensó en voz alta.
- Lo es, esta sala es simplemente para tomar una copa de forma más íntima. Normalmente es aquí donde los socios y las chicas se ponen de acuerdo sobre los servicios especiales –Lucía imaginó a socios y empleadas sentados en los sofás, tomando una copa y llegando a acuerdos sexuales –. Ya has visto todas las instalaciones comunes del club, sen-

témonos en el bar a tomar algo y a comentar el contrato, Sandra te enseñará mañana las instalaciones privadas de los empleados –a Lucía le daba la sensación de que John hablaba desde la convicción de que aceptaría el trabajo.

Los tres cruzaron la sala principal para acceder al bar, se sentaron en los lujosos sofás de cuero y el camarero se acercó a ellos nada más ver el gesto que el jefe hizo con la mano.

John le pidió amablemente que les sirviera tres margaritas y trajera su cartera. Un instante después el camarero volvió con ella y se la entregó.

- Gracias Martín –John la abrió y sacó el contrato modelo para mostrárselo a Lucía –. Como podrás leer, las condiciones de trabajo son las que te he explicado durante la visita, sólo queda comentar un par de apartados más –añadió.
- ¿Cuáles son esos apartados?
- En primer lugar el sueldo y horarios. El salario es de ciento veinte euros por noche. En cuanto al horario, el club abre todos los días de la semana, desde las 23:30 hasta las 6:00. Las chicas llegan al club a partir de las 21:00. Dispones de tres días libres a la semana que puedes coger cuando mejor te venga, siempre y cuando no coincidan todos en fin de semana.
- Me parece bien, ¿cuál es el otro apartado?
- En segundo lugar están las cláusulas de confidencialidad. Están todas en el contrato modelo, llévatelo y revísalo. En resumen vienen a decir que te comprometes a ser total y absolutamente discreta con respecto a los miembros del club. No puedes hablar con nadie sobre quiénes son ni las actividades que realizan aquí.
- Entiendo, imagino que viene gente importante.
- Por lo general son ejecutivos, empresarios, banqueros y políticos. Es posible que conozcas a algunos de ellos, por eso es tan importante la confidencialidad.



- De acuerdo, revisaré el contrato y a lo largo de esta semana te daré una respuesta –cogió el documento, lo dobló y lo metió en su bolso.
- Bien, nos vemos el jueves, si te parece bien.
- De acuerdo –aceptó.

Los tres se levantaron de la mesa, John se despidió de Lucía y Sandra la acompañó a la puerta.

- Piénsalo esta noche y mañana hablamos, te llamo para desayunar –Sandra le dio un beso en la mejilla y cerró la puerta del club.

Lucía miró el reloj: 23:24. Ahora caminaba por la acera hacia el aparcamiento recordando todo lo que había visto, todo lo que habían hablado. Bajó las escaleras y se dirigió a su coche. Al sacar la llave del bolso se quedó mirando el raspón con restos de pintura negra que cubría todo el lateral; semanas atrás se había dejado medio *Ibiza* en uno de los pilares del aparcamiento del centro comercial. La hendidura medía más de dos palmos de altura e iba de rueda a rueda, –debería cambiar de coche –masculló. Puso el bolso en el asiento de copiloto y arrancó el motor. Antes de salir observó el contrato que asomaba por la cremallera del bolso y estiró el brazo para darle un par de palmadas. No sabía qué hacer, tendría que meditarlo bien. Metió la primera marcha y salió hacia casa.



*Llamaban insistentemente al timbre del portero automático. Lucía no entendía nada, tenía el telefonillo en la mano e intentaba ponerse en contacto con la persona que había al otro lado, pero no contestaba nadie. El sonido iba en aumento, subiendo el volumen cada vez que hacía el intento de hablar por el auricular, y eso, la estaba poniendo muy nerviosa...*

De pronto el sonido del móvil la despertó y fue consciente de lo que ocurría; había estado leyendo el contrato hasta que se quedó dor-

mida y olvidó poner el despertador. Se levantó de un salto y salió por la puerta. Cruzó el apartamento hasta el salón y agarró el móvil, que estaba sobre la mesa. Ni siquiera miró en la pantalla quién era, descolgó y contestó.

- ¿Hola? –se le notaba en la voz que aún estaba medio dormida.
- Buenos días, bella durmiente, ¿te he sobresaltado? –Sandra se dio cuenta de que había interrumpido su sueño.
- Buenos días –contestó aturdida.
- ¿Te apetece un café?, ¡ya es de día! –Lucía recordó que habían quedado para desayunar.
- Vale, voy a darme una ducha, ¿nos vemos en media hora en *El Despacho*?
- Ok, allí nos vemos, un beso.
- Un beso, chao –Colgó.

Iba sumergida en sus pensamientos cuando llegó al bar. Sandra siempre llegaba antes y ya estaba esperándola sentada en una mesa de la terraza.

- Buenos días, otra vez... –se mofó de ella por haberla despertado.
- Buenos días –Lucía se sentó frente a ella.
- Ya he pedido los desayunos.
- Gracias, estoy muerta de hambre –en ese momento se dio cuenta de que no había cenado la noche anterior.
- Bueno, ¿qué?, ¿has tomado una decisión? –justo cuando acabó de hacer la pregunta apareció una camarera con los cafés y las tostadas.
- Sí, lo voy a aceptar. Necesito dar un nuevo rumbo a mi vida y me parece que trabajar en el *Luna Llena* es un buen comienzo. –Lo tenía claro, al menos probaría y, de todos modos, siempre podría dejarlo.
- ¡Uau, es genial, me va a gustar tenerte de compañera! – Sandra estaba encantada con su decisión.

Después de desayunar se despidieron delante de la boca de metro y Lucía siguió por la acera camino de casa.

La ciudad estaba en plena marcha a esas horas, con las calles atestadas de gente que iba y venía o que entraba y salía de los comercios. Al parar en un semáforo, antes de cruzar, se fijó en la peluquería que había en la esquina de enfrente. En ese momento algo le vino a la mente como una inspiración —¿por qué no?— se dijo a sí misma. Pensó en su larga melena y al cruzar la calle entró en la peluquería. Si aceptar el trabajo en el *Luna Llena* era el primer paso, estaba segura de que un cambio en su pelo, después de tantos años, sería el segundo.

## 2

Abrió los ojos. Se dio la vuelta para apartarse del sol que entraba por la ventana con fuerza aquella mañana de sábado. Alargó el brazo y cogió el móvil de la mesilla para mirar la hora. –Las diez y media de la mañana, qué gusto despertarme de esta forma tan natural– pensó. Trabajar de noche tenía la ventaja de no tener que madrugar. Se levantó de la cama, cruzó la habitación y miró el calendario de la pared, era 3 de agosto. Se giró para mirarse en el espejo de la pared; le encantaba su cuerpo. En los últimos años había perdido ese punto de vista sobre sí misma pero ahora de nuevo se sentía sexy.

Desabrochó los botones de la camiseta y la puso sobre la cama, después dejó caer el pantalón de pijama al suelo y lo apartó con el pie. De nuevo observó su reflejo en el espejo; estaba desnuda salvo por una pequeña braguita negra. Puso las manos sobre el liso vientre e inició un recorrido ascendente, acariciándose con las palmas. Al llegar a los pechos los rodeó por debajo con las manos; eran la parte más erótica de su cuerpo, con la que más se excitaba. Los subió firmemente con las manos dejándolos caer para sentir su peso, después deslizó los dedos bajo su pelo, por la nuca. Ese masaje en la cabeza le estremecía desde que era una adolescente.

Lucía levantó la persiana para que entrara algo más de luz y se metió en la ducha, pensando en cómo era su vida ahora y, por primera vez desde hacía muchos años, sintió que iba por donde ella deseaba.

Un mes después de empezar su nuevo trabajo en el *Luna Llena* se sentía feliz. De los once años que trabajó en el banco apenas quedaban algunos recuerdos y una sensación de ahogo, de agobio por las prisas y el estrés de la oficina. Ahora todo era muy diferente; se sentía libre.

Durante las dos primeras semanas llegaba al club antes que los demás para ensayar. Aprendió a bailar gracias a su mejor amiga; Sandra era una gran profesora y ella aprendía deprisa. Después de dos horas de clases de baile diarias había comenzado a tener soltura y los últimos días ya realizaba su show en la barra para el público. Se sentía cómoda, mucho más de lo que hubiera imaginado. Sin darse cuenta había descubierto una faceta oculta en ella; la de provocar y seducir con su cuerpo. Sentirse objeto de deseo inyectaba en su organismo una dosis de morbo como nunca antes.

Habitualmente iban al club hombres de entre cuarenta y cincuenta años, elegantemente vestidos y bien peinados. Eran los típicos hombres de clase alta, de lujosos coches e insatisfechas vidas perfectas, dando rienda suelta al ser humano que llevan dentro; porque se lo podían permitir. Lucía tenía la sensual y morbosa sensación de ser la fruta prohibida que todos deseaban para escapar por un momento de sus angustiosas vidas dándole un mordisco. Estaba enganchada a esa sensación de poder sobre ellos porque, en el poco tiempo que llevaba trabajando allí, se había convertido en la chica más popular de todas.

Esa noche de sábado trabajaba, pero primero iría a visitar a sus padres. Habían insistido en que fuera a comer aunque a ella no le convenía demasiado. Desde que perdiera el trabajo no habían dejado de preguntarle por su futuro, insistiendo en que se buscara un empleo cualquiera lo antes posible. Por su puesto, no les iba a contar que tenía un trabajo en el *Luna Llena*.

Ellos, como gente acomodada y conservadora que eran, no aprobarían que su hija trabajase en un sitio así, ¿qué pensaría el resto de su familia? ¿y los amigos y conocidos?, además, querrían saber todo acerca del club y ella no podía darles detalles. Lo mejor sería dejarlo dentro de su más estrecho círculo de privacidad; no lo contaría a nadie de su familia.

Al llegar a O'Donnell pudo aparcar sin problemas. Los fines de semana, sobre todo en agosto, casi todo el mundo abandonaba aquella ruidosa y saturada ciudad. Salió del coche y apretó el botón del mando a distancia de la llave para cerrar, pero no hubo respuesta. –Estupendo– pensó, ahora le fallaba otra cosa más, –en cuanto ahorre algo de dinero lo mando al desguace– murmuró al acercarse para cerrar girando la cerradura.

Caminó por la acera unos metros hasta el portal de la casa de sus padres, la que fuera su hogar hasta hacía doce años, y alzó la vista en dirección al portero automático para apretar el botón del 2ºB. Instantes después la voz de su madre se escuchó por el altavoz.

- ¿Sí? –sonó clara y amable.
- Hola mamá, soy yo –Lucía llegaba siempre pronto para evitar una comida tensa a causa del retraso.
- Hola hija, ¡qué pronto llegas!, sube –contestó su madre, y acto seguido oyó el zumbido del mecanismo de apertura de la puerta.

Al entrar en el portal echó un vistazo a su alrededor, estaba reformado. Habían sustituido las viejas baldosas de terrazo gris por otras de piedra amarilla anaranjada y habían construido una rampa en un lado de las escaleras. El cambio no le sorprendió dado el lamentable estado que padecía.

Hacía tiempo que no veía a sus padres, nunca se habían llevado del todo bien. Lucía se fue de casa a los diecinueve años para vivir con Xavi, el primer novio que tuvo después de Pablo.

Aquella aventura no salió como ella esperaba, después de convivir juntos durante más de un año, la relación se terminó; ambos de-

cidieron que no daba para más y ella se marchó a un piso compartido con dos amigas.

Subió las escaleras hasta la segunda planta recordando cómo había sido ese año que vivió con Xavi. Realmente tenía un grato recuerdo de ello, pero no funcionó.

En la segunda planta, al fondo del pasillo, podía ver la puerta de la casa de sus padres con la letra B sobre ella. Llamó al timbre y a los pocos segundos su padre abrió, contento de verla.

- ¡Hola mi niña!
- Hola papá –contestó Lucía entre dientes. Él se alegraba sinceramente de verla y, en cierto modo, era mutuo.
- ¿Qué tal estás, mi pequeña? Hace tiempo que no te veo.
- Bien, relajándome.
- Pasa, tu madre está deseando verte.

Todo estaba como siempre, limpio y ordenado. El edificio era antiguo, de los años sesenta, pero habían reformado la casa poco tiempo atrás con el dinero que habían sacado por el traspaso de la tienda de alimentación que regentaron los últimos diez años. Ahora estaban los dos jubilados y vivían sin deudas ni preocupaciones.

Atravesaron el pasillo y llegaron al salón, donde la mesa ya estaba puesta. Su madre salía en ese momento de la cocina con una olla en las manos para servir la comida cuando se dio cuenta de que Lucía estaba allí.

- ¡Hola cariño, qué alegría verte, qué guapa estás!, espero que ahora tengas más tiempo de venir a vernos, apenas sabemos nada de ti –Cecilia, su madre, la abrazó y Lucía le devolvió el saludo con un beso en la mejilla.
- Lo sé mamá, últimamente mi vida está un poco revuelta.
- No te preocupes hija, ¿estás buscando ya trabajo?
- Aún no, hoy en día no es nada fácil y no sé por dónde empezar –para sus padres la mayor preocupación posible en la vida de alguien era no tener empleo.
- Vamos a la mesa, estoy muerto de hambre –protestó su padre.

Se sentaron a la mesa y Cecilia sirvió el primer plato; gazpacho, su alimento preferido en verano. Como siempre, la comida estaba deliciosa. Su madre era una excelente cocinera y Lucía siempre había pensado que podría, al menos, haber sido la mitad de buena como madre que como chef. Cuando se marchó de casa con Xavi estaba harta del autoritarismo de sus padres y las continuas peleas. Por otro lado, su hermana mayor nunca había tenido problemas con ellos, lo que le llevó a pensar con el tiempo que probablemente ella también tuviera algo de culpa, razón por la cual había ido ese día a visitarles. Dentro de las cosas que quería cambiar en su vida estaba mejorar la relación con ellos y la invitación a comer acabó pareciéndole un buen comienzo.

- Tu hermana estuvo aquí el miércoles con las niñas –comentó Cecilia.
- Lo sé, hablé ayer por la mañana con Ester.
- ¿Te ha contado que Manu se ha quedado en paro? –su padre habló apenado, parecía que la crisis iba a acabar con todo.
- Sí, estaba bastante nerviosa.
- La hipoteca les está amargando la vida –afirmó Cecilia con pesar.
- Me tienen preocupado, esta situación va a durar algunos años todavía.
- Bueno papá, no seas tan pesimista...
- ¿Cómo puedes decir eso? Tú también te has quedado en el paro –El tono de Antonio se volvió más serio y su lado autoritario salió a la luz.
- Y ¿qué?, no es el fin del mundo, trabajar no debería de ser nuestro objetivo en la vida.
- ¿Y según tú, cuál debe ser el objetivo? –le replicó su padre.
- No lo sé papá, pero estoy segura de que no he venido a este mundo para estar la mitad de mi vida metida dentro de una oficina –estaba convencida de que no volvería a ser esclava de esa dinámica nunca más, ahora ya no lo soportaría.



Lucía se levantó para retirar los cubiertos del primer plato y llevarlos a la cocina. Su madre, acto seguido, sirvió el pescado al horno que había preparado como segundo plato. Aún estaban a mitad de comida y ya estaba deseando terminar para largarse de allí, menos mal que había quedado con Sandra después para tomar café en *El Despacho*.

- ¿Entonces qué vas a hacer, hija? ¿Vas a empezar ya a buscar trabajo?
- De momento estoy descansando un poco papá, necesito desconectar del mundo laboral durante una temporada.
- Ya lo sé hija, pero según están las cosas no deberías demostrarte mucho en ponerte en marcha –el tono de su padre seguía sonando autoritario pero con el matiz de la frustración que le causaba el no poder gobernar en la vida de su hija.
- Empezaré después del verano, ahora sólo tengo ganas de descansar. Llevo un tercio de mi vida trabajando para el banco y necesito tiempo para mí –Lucía dio por zanjado el tema, no les conducía a ninguna parte salvo a enfrentar a padre e hija en una discusión sin fin.

Parecía que no había otro tema de conversación en todas partes: la crisis y lo mal que estaba el mundo laboral. Ella, sin embargo, había encontrado un trabajo, pero no quería que su familia lo supiese y no tenía ni idea de cómo iba a ocultárselo indefinidamente. Pensó que saldría del paso como fuera, ya se le ocurriría algo, pero una cosa estaba clara: dentro de un tiempo necesitaría una tapadera para guardar las apariencias.

Cuando terminaron de comer, Lucía cogió su bolso y se dirigió hacia la cocina para despedirse de su madre.

- Me voy mamá, he quedado en media hora.
- Vale hija, cuídate –se dieron de nuevo un abrazo y Lucía le besó en la mejilla.
- Lo haré mamá, voy a despedirme de papá.

Salió de casa de sus padres con sensaciones contradictorias, sin saber muy bien si la visita había sido un paso adelante o atrás. Bajó por las escaleras hasta el portal, salió a la acera y caminó unos metros hasta su coche. Al sacar la llave del bolso y apretar el botón del mando a distancia recordó que no le funcionaba el sistema de cierre remoto. Metió la llave en la cerradura y la hizo girar para abrir.

El coche era como un horno, ahora el sol incidía directamente sobre él y la temperatura en el interior era insoportable. Arrancó el motor y conectó el aire acondicionado. El primer chorro que salió por las toberas estaba caliente, tendría que esperar un poco para que el sistema comenzara a enfriar. Para refrescarse bajó solamente la ventanilla de su puerta, ya que la de la puerta del copiloto no funcionaba bien y si la bajaba ya no podría volver a subirla. Aceleró y durante media hora condujo por las vacías calles de Madrid; la ciudad permanecía prácticamente desierta a esas horas. –Debería ser siempre así –, pensó.

El semáforo en el que estaba parada cambió a verde, metió primera y recorrió los pocos metros que le restaban hasta su aparcamiento. Al bajar del coche introdujo la llave en la cerradura pero ésta no giró –estupendo, ya se ha jodido del todo –maldijo entre dientes, ahora tendría que dejarlo abierto. En cierto modo no era grave, su viejo coche no contenía nada de valor en su interior. Tan sólo esperaba que no se lo robasen porque aún cumplía su función principal; la llevaba a todas partes.

Subió por la escalera del aparcamiento y llegó a su portal, estaba desierto. Fuera, en la calle, tampoco se movía ni un alma a esas horas. El sol obligaba a los pocos habitantes que quedaban en la ciudad a permanecer en casa protegiéndose del calor. Giró a la derecha, Gran Vía también estaba vacía, irreconocible y casi en silencio.

Llegó a *El Despacho* y ojeó la terraza, pero ni rastro de Sandra. Miró el reloj del móvil: 15:20. Su amiga no tardaría en llegar así que se acercó a una de las mesas vacías que aún quedaban en la sombra y se sentó a esperar. Sandra apareció enseguida, siempre puntual, pero ese día Lucía se le adelantó.

- ¿Cómo ha ido la comida familiar? –Sandra sabía lo interesantes que eran las visitas a casa de sus padres.
- Bien, pero al final se ha torcido un poco la conversación y me he largado sin tomar el postre.
- ¿Cómo están tus padres? Hace más de un año que no les veo.
- Imagina... De lujo.

Al decirlo, Sandra notó algo de envidia sana en el tono de voz de Lucía. En ese momento salió una camarera para tomarles nota.

- ¿Qué vais a tomar, chicas? –Llevaba pantalón y camisa negra, el pelo recogido en una coleta y libreta y bolígrafo en la mano.
- Yo tomaré un café con mucho hielo, gracias.

Lucía siempre pedía lo mismo en verano, el dulce café helado era su refresco favorito desde hacía años.

- Para mí un té helado –la camarera lo apuntó en la libreta y se metió dentro del bar –. Bueno –continuó Sandra –, ¿cómo te sientes después de un mes trabajando en el club?

Sabía que su amiga estaba mucho mejor de lo que imaginaba pero quería oírlo de su propia boca. La camarera volvió con las bebidas y las dejó sobre la mesa.

- Me gusto más a mí misma, creo que me tenía olvidada como mujer y trabajar en el club me hace sentir atractiva. Hace que desempolva el lado femenino que tenía escondido desde hacía años –su cara lo decía todo.
- Estaba convencida de que encontrarías tu sitio, lo que no me imaginaba es que fueras a convertirte en la chica más popular del club en tan poco tiempo; tienes locos a todos los miembros.
- Encajo bien, eso es verdad –asintió con la cabeza.

Se hizo un corto silencio y Lucía puso una expresión de satisfacción; al fin había encontrado un lugar donde se sentía ella misma.

- Sabía que tenías ese lado morboso y sensual y me alegro de que por fin lo estés explorando, siempre he pensado que no

eres la clase de mujer que pasa toda su vida en un despacho.

- ¡Ufl!, ahora que puedo mirarlo desde otra perspectiva sé que no quiero volver a trabajar en un sitio así.
- Dar un cambio tan radical a tu vida no es fácil, pero cuando consigues hacerlo ya no hay marcha atrás, lo digo por propia experiencia. Si tuviese volver al bufete de abogados de nuevo no podría.

Sandra había trabajado como secretaria en un despacho de abogados durante ocho años, allí conoció a John como cliente y, pasado un tiempo, cuando se separó, éste le ofreció trabajar en el *Luna Llena*. Sandra, después de pensárselo durante un par de semanas aceptó. Fue una decisión difícil de la cual se sentía orgullosa; estaba satisfecha con el giro que había dado a su vida.

- ¿Nos puedes traer la cuenta?

Sandra aprovechó que la camarera pasaba por su mesa, eran alrededor de las cuatro y media y tenía que hacer varias cosas esa tarde.

- Deja que pague yo, te invito –la camarera les dejó sobre la mesa la cestita de mimbre de siempre con la cuenta dentro –¿tienes planes para esta tarde? –preguntó Lucía.
- Sí, antes de ir al club tengo que pasar por casa de mi ex a recoger las dos últimas cajas que me quedan, las ha bajado al trastero harto de verlas en el salón –Sandra se había separado de su marido hacía casi dos años y firmaron el divorcio cuatro meses después –¿tú qué vas a hacer?
- Había pensado que fuéramos de compras. Iré yo de todos modos, estoy renovando mi vestuario poco a poco, lo necesito.
- Te veo entonces esta noche. Diviértete de compras, seguro que lo pasarás mejor que yo recogiendo cajas.

Se despidieron y Sandra caminó calle abajo. Ese día había venido en coche en lugar de utilizar el metro.



Había pasado una hora desde que llegaran a *El Despacho* y Lucía caminaba ahora sola por la acera, calle arriba. Al llegar a Gran Vía giró a la izquierda y continuó subiendo hasta Callao. Recordando lo destartalado que estaba su coche había decidido ir de compras en transporte público.

Al bajar a la estación lo primero que pudo sentir es cómo olía, conocía ese hedor a aire viciado desde niña y lo odiaba. Continuó andando hacia la máquina expendedora de billetes, seleccionó Nuevos Ministerios como final de trayecto e introdujo el importe que indicaba la pantalla, 1.50€ –joder– pensó –es increíble, al final sale más barato moverse en coche–. Cogió el billete que había escupido la máquina y se dirigió a su andén recorriendo el laberinto de túneles, escaleras e indicaciones en el que estaba metida. En una red de metro tan grande era imposible manejarse sin un plano, menos mal que siempre llevaba uno en el bolso, lo sacó y echó un vistazo. El trayecto no era muy largo, solamente le separaban de su destino cinco estaciones con un transbordo en Alonso Martínez a mitad de camino, calculó que tardaría alrededor de quince minutos.

En la estación de Callao no había apenas gente, tan sólo un grupo de personas que se arremolinaban alrededor de un músico callejero que se había fabricado una batería con sartenes, cazos, botes de pintura vacíos y algunos platos de metal. Se detuvo unos minutos a escucharle preguntándose por qué había gente con ese talento pidiendo limosna para comer. Miró los carteles, continuó su marcha siguiendo las indicaciones y bajó por unas escaleras mecánicas. Una vez abajo caminó por el pasillo. Al llegar al andén se quedó de pie entre la poca gente que había esperando y alzó la vista para mirar el panel informativo que colgaba del techo: *El próximo tren llegará en 1 minuto*, anunciaba. Sacó su *iPhone* del bolso y se colocó los auriculares. Nada más conectarlos al teléfono la música se inició sola por donde la había dejado la última vez, su disco favorito: *Agila*, de *Extremoduro*. Empezaron a reproducirse los acordes de guitarra de *So Payaso* y un escalero-

frío le recorrió el cuerpo; la voz de Robe Iniesta le ponía los pelos de punta.

Navegaba al ritmo de las olas de la música cuando el tren entró en la estación de Nuevos Ministerios. Estaba atestada de gente y supuso que la mayoría serían los pocos trabajadores que no estaban de vacaciones y regresaban a casa después de la jornada laboral. Apagó la música, se quitó los auriculares y guardó el móvil. Cuando se detuvo el tren levantó la palanca y se abrieron las puertas, salió al andén y se dirigió a la salida con paso alegre.

Fuera, en la calle, hacía un calor insoportable. Se puso las gafas de sol y caminó hacia la entrada del centro comercial. A cada paso que daba tenía la sensación de que el sol le iba a quemar la piel que no estaba cubierta por la ropa.

Las puertas automáticas del centro comercial se abrieron al detectar su presencia y una bocanada de frescor salió proveniente del aire acondicionado del interior –qué alivio, al menos aquí no moriré de calor– pensó. Cruzó la entrada para ir directa a la escalera mecánica que tenía en frente, al final del pasillo, para subir a la planta de moda joven. A esas horas no eran muchas las personas que rondaban por los pasillos mirando artículos o probándose ropa, por lo que no tendría que sufrir los agobios de la multitud.

Aún no tenía decidido qué iba a comprar, había ido al centro comercial tan sólo con la idea de renovar su vestuario. Quería algo fresco y con colores alegres.

Llegó a la sección de moda joven; todo estaba colocado y ordenado perfectamente. Perchas y estanterías estaban repletas de ropa en multitud de tonos y colores. Empezó a recorrer la zona tocando la ropa y mirando tallas, dándose cuenta de que en muchos casos la suya, la 38, estaba agotada. Al fondo del pasillo por el que caminaba vio un maniquí con un vestido violeta ajustado, de finos tirantes y falda tan corta como atrevida. –Éste me encanta– pensó imaginándose cómo le quedaría. Miró alrededor, justo detrás del maniquí había una barra de donde colgaban en perchas varios vestidos como el de la muestra. Se

acercó para tocar la tela, suave y fina. En ese momento oyó la voz de la dependienta que le hablaba desde detrás.

- Buenas tardes, ¿puedo ayudarla en algo?.
- Umm... Sí –dudó unos instantes–, quería un vestido como el que está expuesto ahí, pero no encuentro mi talla.
- Si quiere puedo buscar en el almacén, ¿qué talla usa?
- La 38.
- Bien, enseguida vuelvo, creo que sí queda alguna –la chica dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta que había junto a los probadores. Al momento salió con el vestido– aquí tiene, es el último de la 38.
- Gracias, voy a probármelo.
- De nada, si necesita algo más estaré en el mostrador que hay al fondo del pasillo.

Por lo visto, la dependienta de la sección de moda joven no tenía muchas ganas de trabajar aquel sábado de agosto, pero no le importó, de momento no la necesitaba y estaría más a gusto sola en el probador, sin nadie que le preguntara cómo le quedaba el vestido o si quería alguna cosa más.

Entró en el probador y miró a su derecha, de la pared colgaban varios percheros. Colgó el bolso en uno de ellos y el vestido en otro por los tirantes. Cerró la cortina del probador y se dio la vuelta para ponerse frente al espejo. Observó su reflejo: vaqueros azules, camiseta blanca y zapatos con algo de tacón que ensalzaban su figura... En ese momento algo llamó su atención, una pareja hablaba a través de la cortina del probador contiguo al suyo. La señora estaba probándose ropa y, el que dedujo era su marido, esperaba pacientemente en la puerta, seguramente cargado de bolsas. –Le compadezco, debe de estar aburriéndose tremendamente –pensó, y sin prestarles mayor atención continuó a lo suyo.

Frente al espejo, puso las manos sobre sus pechos y los juntó, notando su volumen. Seguidamente se recorrió la figura acariciándola con las palmas, dibujando cada curva y pasándolas por su delgada cin-

tura hasta las generosas caderas como si se tratara de una provocación hacia sí misma.

Estaba ensimismada con su propio cuerpo cuando miró por el rabillo del ojo a un lado del espejo. No había corrido bien la cortina y por el hueco que había entre ésta y la pared del probador vio al hombre que acompañaba a la señora de al lado, observándola sin perder detalle. En un acto reflejo volvió la mirada a su propio cuerpo, como si no le hubiera visto. Era un hombre de mediana edad, tal como dedujo por la voz. Llevaba un traje azul oscuro, corbata de rayas y camisa negra. Imaginó que debía ser un ejecutivo que trabajaba por la zona y que había quedado con su mujer al salir de la oficina para acompañarla al centro comercial. De nuevo pasó las palmas de las manos por su cuerpo, marcando la figura. De soslayo veía cómo aquel cincuentón continuaba observándola sin inmutarse. Entonces decidió darle un poco más de juego. Dejó los zapatos a un lado y se desabrochó los botones del vaquero. Su observador no perdía detalle por la rendija de la cortina, esperando el show con los ojos muy abiertos. Lucía se quitó la camiseta, la colgó del perchero que quedaba libre estirando los brazos y se bajó los pantalones dejándolos en el suelo, en una esquina del probador, quedándose en ropa interior. El hombre no apartaba la mirada, ni siquiera cuando su esposa le hablaba; definitivamente había acaparado toda su atención.

Llegados a ese punto pensó en dar un paso más. Se llevó las manos a la espalda para desabrochar el sujetador, deslizó los tirantes por sus hombros y lo dejó caer a lo largo de los brazos para ponerlo después sobre los vaqueros. Volvió discretamente la vista hacia él y vio cómo la recorría atentamente, desde las piernas hasta los pechos. Lucía se estaba calentando con el strip-tease privado e improvisado que estaba haciendo; sentirse observada por un desconocido la transportaba a otra dimensión.

Los pezones se le endurecieron y comenzaba a humedecerse. Puso las manos sobre sus pechos y se los acarició, suavemente primero y apretando firmemente después. Quería provocar a su observador, quería excitarle tanto como lo estaba ella. Junto las manos entre sus



pechos y las bajó lentamente hasta su ombligo, recorriendo su vientre, pero pasó de largo y bajó un poco más, para meter las yemas de los dedos bajo la goma de su braguita. Recorrió el borde de lado a lado, con ambas manos a la vez. Las llevaba desde el centro hasta el borde de las caderas para devolverlas al punto de partida nuevamente. Entonces se acarició el vello púbico. –Uf, qué morbo–. Estaba increíblemente caliente.

Alargó el brazo y cogió el vestido para probárselo, era hora de comprobar cómo encajaba la prenda en su silueta y quería que aquel hombre lo viera. Se lo puso sobre la cabeza, pasando los brazos por los tirantes y deslizándolo hacia abajo. La suave y fina tela fue ajustándose a cada curva con la ayuda de sus manos, desde el pecho hasta los muslos, para terminar con la falda un palmo por debajo de las caderas. Faltaba algo: los zapatos. Miró a su derecha y ahí estaban, en el suelo debajo del bolso. Sabía que aquél hombre no apartaría la mirada de sus curvas así que se agachó para coger los zapatos y, aprovechando la postura, le mostró lo ceñido que le quedaba. En ese preciso instante oyó una voz que les sacó a ambos del mágico momento.

- Cariño, ya estoy lista, creo que me llevaré estos pantalones y las dos camisas– afirmó la señora saliendo del probador.
- Lo que tú digas, cielo– el hombre agarró las bolsas que tenía delante y los dos salieron de la zona de probadores.

Lucía podía sentir la humedad que se extendía entre sus piernas y la erección que tenía en todo el vello del cuerpo. –¡Uau, qué morbo!– exclamó para sus adentros. Un montón de imágenes rondaron por su cabeza mientras se vestía. ¿Y si hubiera entrado al probador?, ¿qué hubiera hecho?, ¿le habría dejado tocarla?. No tenía respuesta para esas preguntas pero estaba segura de que, llegada la situación, hubiera sabido qué hacer.

Se puso los zapatos y se atusó el pelo frente al espejo; el calor aparecía reflejado en sus enrojecidas mejillas. Colgó el vestido en el perchero y vio el precio en la etiqueta: 84.99€. –¡Joder, no me extraña que me siente tan bien!. Aun así me lo llevaré, me traerá buenos re-

cuerdos cada vez que me lo ponga...– Cogió el bolso y después de vestirse salió de la zona de probadores para ir a la caja.

Al final del pasillo vio a la dependienta en el mostrador, haciendo algo en el ordenador. Estaba sentada de medio lado sobre la banqueta, con cara de tener ganas de irse a casa. Lucía se dirigió hacia allí con la intención de pagar.

- Me lo llevo –afirmó.
- ¿Pagará en efectivo o con tarjeta? –la amabilidad brillaba por su ausencia.
- En efectivo.
- Son 84.99€, por favor.
- Aquí tiene.

Lucía sacó dos billetes de cincuenta del monedero y se los dejó sobre el mostrador. La dependienta los cogió y comenzó a teclear de nuevo en el ordenador. En ese momento vio acercarse por el pasillo de su izquierda a la señora del probador, iba seguida por su marido un par de metros más atrás con cara de resignación. Debían haber olvidado algo en la tienda, supuso. Cuando la mujer llegó a su altura pasó de largo y Lucía cruzó la mirada con su desconocido amigo. Instantes después él pasó junto a ella.

- ¿Te gusta cómo me queda el vestido? –le susurró al pasar.
- Sí –respondió él en el mismo tono, apartando la vista de ella.
- Aquí tiene su cambio señorita, disculpe la demora, había un error en la etiqueta y me estaba marcando un precio distinto –por fin la muchacha se había entendido con la máquina.
- No importa, gracias –Lucía guardó el cambio, cogió la bolsa de las manos de la dependienta y se despidió –adiós.
- Hasta luego, que pase una buena tarde.

De repente le vino a la mente la pesadilla de un mes atrás. Estaba segura de que había alguna conexión con lo que había pasado esa tarde en el centro comercial. Se había sentido muy diferente a como lo hacía bailando en el club. En ese momento fue consciente del morbo

que le dio el hecho de que un extraño la viera desnuda, en su intimidad y sin permiso.

Bajó las escaleras de la estación de metro con la bolsa de su compra en la mano derecha. Con la izquierda sacó el móvil del bolso y se colocó los auriculares. Esta vez no dejó que sonara la música por donde se había quedado una hora antes. Pulsó el icono naranja y seleccionó un disco más acorde con el subidón que tenía, *Antichrist Superstar* de *Marilyn Manson*, y subió el volumen casi hasta el máximo, hasta que de nuevo se le pusieron los pelos de punta.

Sacó el móvil del bolso para ponerlo en pausa, se quitó los auriculares y los metió junto con él de nuevo en el bolso. Eran casi las siete de la tarde y la gente ya se animaba a salir a la calle. En Madrid, a esas horas, era ya el momento tomar unas cañas y, como hacían muchos, empalmarlas con la cena y las copas. Lucía salió por la boca de metro poniéndose las gafas, el sol aún pegaba fuerte y más al salir de la luz artificial del metro.

Nada más entrar en casa cogió el mando a distancia que estaba sobre la mesa y conectó el aire acondicionado. Estaba sudando. Sacó el móvil para mirar la hora: las 19:02. Dejó todas las cosas que llevaba sobre la mesa y fue a su habitación. Tenía que meterse en la ducha ya mismo si quería estar a las nueve en el club.

Con la tarde tan extraña que había tenido casi olvidó que tenía que trabajar. Se desnudó, dejó la ropa sobre la cama y entró al baño.

El agua fría cubrió rápidamente todo su cuerpo. Al principio fue una sensación desagradable y el cambio brusco de temperatura le hizo dar un respingo. En unos segundos su cuerpo se acostumbró y pudo relajar los músculos.



Llegó al club diez minutos tarde, no estaba nada mal teniendo en cuenta lo justa que iba de tiempo. Al entrar se sentía renovada, la ducha de agua fría había conseguido llenarla de energía.

Llevaba el vestido que compró esa tarde, le quedaba genial con los mechones violetas del pelo. Incluso se lo había alisado.

Cruzó el pasillo y llegó al bar. Martín había encendido todas las luces al máximo para ponerlo a punto, como todos los días. Más tarde, unos minutos antes de la hora de apertura, bajaría su intensidad para conseguir un ambiente más suave.

Cuando entró, Martín estaba llenando las cámaras con cerveza y algunos refrescos.

- Buenas noches –le saludó.
- Hola Lucía, buenas noches –Martín se levantaba y agachaba detrás de la barra para coger botellas.
- ¿Mucho trabajo?
- Nada, ya estoy terminando, ¿Quieres beber algo?
- Una botella de agua, gracias.

Martín puso una pequeña botella sobre la barra y después abrió un tercio de cerveza para él, cogió su banqueta y se sentó a tomárselo frente a Lucía, al otro lado de la barra.

- Hoy va a ser una noche movida, va a venir mucha gente.
- ¿A qué te refieres? –Lucía no acababa de comprender exactamente el sentido de sus palabras.
- El mes de julio es más tranquilo, pero en agosto todo el mundo se desmadra, ya me entiendes.
- No, ¿Qué quieres decir?
- Muchos de los miembros ya habrán mandado a sus familias de vacaciones. Son los días perfectos para llegar tarde a casa sin que nadie les pregunte de dónde vienen.
- Ya, se quedan de *Rodríguez*, no había pensado en eso –dijo un sorbo de agua.
- Probablemente hoy se llene el club de pesados.
- Sabré tratarles, no te preocupes –sonrió a Martín y cogió la botella –gracias por el agua.

Se levantó y cruzó el bar dejando al camarero con su cerveza detrás de la barra.

La sala principal estaba muy iluminada, con las mesas y sillones perfectamente colocados. Al bajar los escalones notó el cambio de las baldosas, que con el local en silencio amplificaban el sonido de sus tacones, por la fina moqueta negra, limpia y en perfecto estado. Al fondo, en el escenario, Chema toqueteaba el cuadro de luces de la pista comprobando el funcionamiento de los focos; era el encargado del club.

- Hola –le saludó.
- Buenas noches –Chema contestó levantando la vista del cuadro.
- ¿Todo en orden? –Lucía se acercó al escenario para darle dos besos, él había librado los dos últimos días y no se habían visto.
- Creo que sí, esta mañana han venido a cambiar dos focos y comprobaba que funcionan correctamente. También han instalado la bola de reflejos que ves en el techo del centro de la sala –la miró de arriba abajo –,vas muy guapa, ¿vestido nuevo?
- Gracias, he ido de compras esta tarde, ¿aún no ha venido nadie?
- Estamos Martín y yo solos, tú eres la primera en llegar. Además me acaba de llamar John, se marcha a Londres esta noche, estará unos días allí por negocios.

Lucía no tenía ni idea de los asuntos que iba a atender John en Londres. Por lo que sabía, el único negocio que tenía, y del cual vivía, era el *Luna Llana*. Dirigir el club le ocupaba todo su tiempo, salvo los viajes que hacía varias veces al año.

- Hola chicos –la voz de Sandra se oyó al otro lado de la sala, se acercó a ellos y subió al escenario. –¿Qué tal, Chema, todo en orden? –le dio dos besos y otro en la mejilla a su amiga.

- Sí, todo en orden, ¿Por qué tenéis ese cachondeo entre las dos sobre si todo está en orden?, sólo hago mi trabajo –dijo enfurruñado.
- Jajaja –Sandra soltó una carcajada –, cuando John no está y ocupas el puesto de jefe absoluto te pones muy serio.

Detrás de ese gesto arrugado se escondía un jefe respetuoso y amable con sus empleadas; Chema aguantaba sus sarcasmos con resignación. Era un tipo muy meticuloso que ponía gran empeño en su trabajo para que todo estuviese perfecto, sobre todo cuando su socio estaba de viaje.

- Pues si no queréis que me ponga aún más serio ya podéis ir organizándoos, hoy vamos a tener una noche movidita –las miró devolviéndoles el vacile –, y ya son más de las nueve y media.
- Venga, vámonos, que el jefe se cabrea si las cosas no salen como él quiere –Sandra volvió a soltar una carcajada y se fue hacia la otra esquina de la pista de baile, hacia la puerta de los camerinos.

Lucía la siguió a la zona privada de los empleados, observándola por detrás. Su amiga tenía un cuerpo precioso, con unas curvas muy sugerentes y, además, siempre vestía ropa ajustada. Esa noche había elegido una mini falda blanca muy por encima de la rodilla y un top, también blanco, con un gran escote que dejaba el ombligo a la vista.

Entraron en los camerinos. Al fondo, en la pared de enfrente, había espejos muy bien iluminados por un montón de bombillas alrededor de los marcos, separados por biombos para que las luces no crearan reflejos entre ellos. Sandra se acercó al suyo y dejó el bolso sobre el tocador.

- ¿Qué tal tu tarde de compras? –se sentó en la silla.
- ¡Genial!, me he comprado esto –Recorrió su figura con las manos, desde el pecho hasta las caderas, para enseñarle a Sandra cómo se le ajustaba la prenda al cuerpo –. ¿Cogiste todas las cosas de casa de tu ex?

- Sí, espero que ya no quede nada más escondido por ningún rincón, cada vez que vuelvo allí me vienen a la mente recuerdos que prefiero olvidar.
- Imagino que no es plato de gusto volver a la que fue tu casa hasta hace poco más de un año –Lucía seguía la conversación de pie desde detrás; se veían a través del espejo.
- Odio tener que ir, sobre todo porque me da la sensación de que aún no ha superado el divorcio.
- ¿Te ha vuelto a decir que vuelvas con él?
- Hace tiempo que no lo hace, pero lo noto en la actitud que tiene conmigo y no me gusta nada.
- Entiendo cómo te sientes. Me pasó algo parecido con Mario, aunque no estuviésemos casados. Después de convivir juntos durante dos años se hace difícil la separación.

Tras vivir durante una temporada en el piso compartido conoció a Mario, su tercera pareja. Pasados unos meses de relación él le pidió que se fuera a vivir a su casa y ella aceptó. Era un hombre divorciado, diez años mayor que ella y, como se fue dando cuenta con el paso de los días de convivencia, bastante maniático y posesivo. Al cabo de un tiempo se sentía agobiada, atada y decidió dejarle.

- Todavía no entiendo por qué le aguantaste tanto, te tenía asfixiada.
- Lo sé, tardé mucho en reaccionar, a veces las cosas se ven más claras desde fuera –alzó los hombros con gesto de resignación –. Pero no me arrepiento, todas las experiencias son buenas y de todo se aprende.
- Eso es cierto –Sandra se levantó, se quitó los zapatos y se desnudó –. Voy a darme una ducha, casi me derrito de calor conduciendo toda la tarde por Madrid.

Lucía fue a su camerino para arreglarse. Se quitó el vestido y lo colgó en una percha del armario que tenía justo a su derecha. A su izquierda, sobre una repisa de la pared, había una plancha eléctrica de color negro. La cogió y la enchufó para retocarse el alisado del pelo.

El resto de chicas fueron llegando minutos después que ellas y todas estaban ya arreglándose para la próxima apertura del club. Sandra salió de la ducha con una toalla grande alrededor del cuerpo y otra más pequeña en el pelo. Lucía se quedó unos segundos mirándola, – qué sensual –pensó. De pronto una extraña sensación recorrió su cuerpo, una sensación que venía sintiendo las últimas semanas y que no había tenido nunca. –¿Me atrae Sandra? –se preguntó. No estaba segura, pero una cosa estaba clara: mirarla y, sobre todo el contacto físico con su amiga de siempre, provocaba ahora en ella un escalofrío, una descarga que se expandía por su cuerpo.

- ¿Qué hora es? –preguntó Sandra.
- Las diez y cuarto –terminó de alisarse el pelo y dejó la plancha sobre la balda.
- Voy a vestirme y a secarme el pelo, ¿Qué vas a ponerte hoy?
- Creo que luciré mi vestido nuevo, me encanta cómo me queda.
- Yo no sé qué ponerme –se sentó en el camerino contiguo y abrió el armario de su derecha para ojear su vestuario.

Lucía se levantó para coger el vestido. Bajó la pequeña cremallera trasera y se lo puso, después se miró en el espejo. –Me encanta – se sentía cómoda con el. Llevó las manos hacia atrás rodeando sus caderas y subió la cremallera. A mitad de camino se enganchó en la tela del borde, hizo el intento de bajarla de nuevo pero no pudo; estaba atascada. Se dio la vuelta y bordeó el biombo que la separaba del camerino de Sandra para pedir ayuda.

- Échame una mano, se ha enganchado.
- Dame un segundo, ya termino de secarme el pelo.

Miraba cómo su amiga se cepillaba el pelo mientras lo secaba con el secador de mano cuando oyó que una voz femenina le hablaba desde detrás.

- Lucía ¿puedes dejarme tu plancha del pelo? No encuentro la mía –era Nuria, una de las chicas, había llegado la última



y andaba con prisa porque era la primera en bailar esa noche.

– Claro –respondió.

Su compañera llevaba una fina bata de seda negra con el logotipo del club en la parte izquierda del pecho, el atuendo habitual que vestían todas antes de hacer el show; sencillo de poner y de quitar. Lucía bordeó de nuevo el biombo y en unos segundos regresó con la plancha.

– Gracias, menos mal que estás tú aquí, somos las únicas que la usamos.

– Toda tuya, yo ya he terminado con ella.

Nuria desapareció y regresó a su camerino con la plancha.

– Ya estoy lista, ¿Qué tal me queda así? –Sandra había conseguido dar volumen a su pelo al secarlo.

– Preciosa, como siempre –la admiró de nuevo.

Sandra se levantó de la silla, colocándose detrás de ella. Ahora, en lugar de la toalla, llevaba una de las batas de seda negra, más cómodas para secarse el pelo, maquillarse o cualquier cosa que hicieran antes de vestirse.

Con una mano sujetó el tirador de la cremallera hacia un lado y, con la otra, tiró de la tela que se había quedado enganchada. Lo liberó y lo subió hasta el final, justo en el centro de la espalda.

– Listo, ¿te aprieta?

– Sólo lo justo para poner el escote en su sitio –sonrió.

Sandra miró desde detrás a Lucía, por el espejo. La vista era muy insinuante. Los tirantes que caían desde los hombros daban paso a un escote que se abría sobre los pechos, dejándolos parcialmente a la vista y desplazándose hacia los lados.

– Levanta los brazos para que te lo coloque bien.

Lucía los levantó y aprovechó para atusarse el pelo. Sandra, por su parte, le rodeó el pecho y agarró el vestido por el escote con ambas manos para colocárselo.

– Te queda genial, pero con tu talla estaría mejor aún si te los juntara un poco más. Así...

Puso las manos sobre sus pechos y los apretó uno contra otro. La tela era tan fina que Lucía pudo sentir, como si estuviese desnuda, cada protuberancia, saliente o recoveco de las manos de Sandra sobre su piel. De nuevo un escalofrío, esta vez más intenso, la invadió completamente. Los pezones se le pusieron de punta, marcándose en el vestido como si quisieran clavarse en las palmas de su amiga. El calor generado en su interior, como una llamarada repentina, bajó recorriendo su vientre para quedarse entre sus piernas.

- ¿Qué tal así? –dijo Sandra finalmente.
- Uf, mucho mejor –se le escapó un suspiro.
- Me encantan tus tetas... –susurró.

Lucía enmudeció. –¿Realmente ha dicho lo que acabo de escuchar? –pensó casi en estado de shock. En ese momento otra de las chicas se acercó al camerino. Sandra la vio por el espejo y acto seguido soltó a su amiga. Se giró y disimuló abriendo el armario para elegir la ropa de esa noche, eran casi las once y a esa hora salían a preparar la sala. Lucía se colocó el vestido con disimulo.

- Hola chicas.
- Hey, Natalia, ¿Qué tal? –Sandra contestó sin retirar la vista del armario para que no se le notara la cara de excitación.
- Hola –Lucía ladeó la cabeza para saludarla y se fue a su camerino.
- Nos pide Chema que salgamos ya, hay muchas cosas que preparar.
- Vamos en cinco minutos –contestaron al unísono.

Sandra ya sabía qué iba a ponerse esa noche: un sugerente kimono negro con motivos florales verdes y rojos, su favorito. Luego se asomó por encima del biombo al camerino de Lucía para ver si estaba lista. Ella la vio por el espejo y le dedicó una sonrisa.

- Ya estoy –Lucía se levantó de la silla y dejó el cepillo en la repisa.

La sala principal apareció al cruzar la puerta de los camerinos, al otro lado de la pista de baile. Estaba iluminada por una luz tenue y

de fondo se escuchaba *AC/DC*, el grupo favorito de Martín. Aunque no era el estilo del club a Chema no le importaba que lo pusiera hasta el momento de abrir.

En el centro de la sala giraba ahora la esfera nueva, cubierta por pequeños cristales que reflejaban la luz ambiente.

Bajaron los dos escalones hasta la moqueta de la sala principal. La chicas ya habían empezado a preparar las mesas, colocando velas encendidas en el centro de cada una. Al otro lado, en el bar, también estaban preparando las mesas y colocando aperitivos en la barra. Martín, como de costumbre, tenía todo el bar organizado para la apertura y se relajaba tomando una cerveza. Chema, por su parte, estaba en el centro de la sala mirando la iluminación de la pista de baile y les hizo un gesto para que se acercaran.

- Chicas, necesito que vayáis a colocar las toallas de la sala de hidromasaje, aún están sin poner, y mirad si quedan zapatillas desechables en la estantería, por favor.
- De acuerdo, enseguida vamos –Sandra le hizo un gesto a Lucía y se pusieron en marcha.

Cruzaron la sala y el bar, hasta el guardarropa. Entre las perchas y taquillas estaba Natalia, esa noche le tocaba dar la bienvenida a los socios y custodiar las pertenencias que quisieran dejar. Allí almacenaban toallas limpias y las zapatillas de la zona de baño.

Sobre la barra estaban preparadas dos pilas de toallas con bolsitas de zapatillas sobre ellas. Cogieron una torre cada una y volvieron sobre sus pasos, cruzaron de regreso la sala principal y entraron en la zona de baño. La enorme bañera estaba en marcha, con los focos encendidos y el agua revuelta por las burbujas.

Cargadas, entraron para dejar las toallas y recorrieron la bañera repartiendo pequeños montones alrededor del borde. Lucía cogió las bolsas de zapatillas y las puso en la estantería que había junto a la puerta de entrada.

- Esto ya está listo, salgamos a la sala, creo que ya están llegando los primeros socios –Lucía notó las manos de Sandra en la cintura al hablarle al oído.

- Sí, vamos –la contestó girando dulcemente la cabeza hacia atrás.

De nuevo, su amiga produjo en ella ese escalofrío al sentir su contacto.

Salieron de la sala de baño, el club estaba listo y los miembros ya estaban entrando. En las escaleras charlaba un grupo de cinco hombres de edades distintas, Chema se acercó y se unió a la conversación. Cerca de ellos, en una de las mesas, un tipo con una americana negra y camisa clara se tomaba una copa, solo. Llevaba el pelo corto, de aspecto despeinado. A medida que iban acercándose camino del bar, Lucía pudo fijarse en que llevaba una barba de dos o tres días que le proporcionaba un cierto atractivo. Pensó que tendría alrededor de cuarenta años. Entonces, al pasar junto a él, creyó reconocerle. Increíblemente, miró para otro lado, –no creo que sea –se dijo a sí misma. Sin poder evitarlo le miró de nuevo y giró a su izquierda para subir las escaleras –no me lo puedo creer –murmuró. Sandra caminaba detrás de ella y las dos fueron directas a la barra.

- No vas a creer a quién acabo de ver tomando una copa en la sala –Lucía parecía sorprendida.
- ¿A quién?
- A Víctor Samboal.
- No tengo ni idea de quién es.
- Víctor Samboal es el Consejero Delegado del BKS BANK.
- ¿Le conoces?
- Personalmente no, pero en el banco le conoce todo el mundo.
- ¿Y él te conoce a ti?
- No lo creo, jajaja –rió –tiene más de tres mil empleados y yo era una simple administrativa.

Sandra miró a través de la puerta que daba acceso a la sala y vio a aquel tipo. Llevaba vaqueros, americana y camisa, un *look* muy deportivo para un hombre tan poderoso. Estaba sentado mirando hacia la pista de baile y sujetaba una copa en la mano.

- Para ser alguien tan importante parece joven.

- Creo que tiene cuarenta y dos años.
- Sabes mucho de él...
- Algunas cosas, sus datos vienen en el organigrama del banco.
- ¿Qué más sabes...?
- Cotilleos, se divorció hace unos años.
- ¡¿No será guapo también?!
- La verdad es que es más atractivo al natural que en la foto del organigrama, jajaja –Lucía rió al recordarla.

Pasada la media noche el club había completado el aforo. Los miembros se repartían principalmente entre la sala principal y el bar. En la pista de baile, una de las chicas hacía su show mientras los espectadores tomaban copas sentados alrededor de las mesas. Chema se acercó a ellas.

- Me han preguntado estos amigos si puedes hacer tu número ahora –se dirigió a Lucía.
- ¿Ahora?
- Ya sé que hoy no ibas a bailar pero por lo visto les han hablado de ti y quieren verte, ¿Te importa?
- No, en absoluto, voy a cambiarme –dijo poniéndose de pie.

Cruzó el bar y bajó los escalones que la llevaron a la sala principal. Allí seguía sentado solo Víctor Samboal, mirando hacia el escenario. Lucía pasó a su lado para fijarse bien. Ahora, con los focos iluminándole la cara, podría verle mejor. Giró levemente la cabeza a su izquierda. –No hay duda, es él, estoy segura –se dijo. Volvió la vista al frente y continuó su camino hacia los camerinos.

Frente a su tocador, Lucía bajaba la cremallera del vestido pensando en el Consejero Delegado del banco. Esta vez no se enganchó con la tela y bajó de una sola vez. Después lo colocó en una percha para colgarlo estirado. –Es guapo, las fotos oficiales del banco no le favorecen –pensó. No le recordaba como un hombre atractivo pero no tenía ninguna duda; era Víctor Samboal y ella, una ex empleada, iba a bailar en el *Luna Llena* para él. –Las vueltas que da la vida –murmuró.

A decir verdad no era de extrañar que estuviera allí; daba el perfil.

La música disco que sonaba de fondo, detrás de la puerta de los camerinos, sacó a Lucía de sus pensamientos. Se levantó y salió al escenario. La sala estaba repleta. Permaneció inmóvil unos instantes hasta que Nuria, la chica que estaba haciendo su show, terminó. Su compañera salió de la pista sudando por el ejercicio y el calor de los focos.

- Has estado fantástica –le dijo al oído.
- Gracias, ahora te toca a ti. Voy a darme una ducha –Nuria le guiñó un ojo en señal de complicidad –. Suerte.

Lucía se quitó la bata, la colgó en el perchero del rincón y salió al escenario. Notó el calor nada más colocarse debajo de los focos. Observó al gran público, todos estaban muy atentos. Al fondo, junto a las escaleras del bar, seguía el grupo de hombres con los que Chema había estado hablando. Giró la cabeza a su derecha y vio a Víctor, estaba sentado en el mismo lugar con una copa nueva sobre la mesa, mirando hacia el escenario, mirándola a ella.

Sus caderas comenzaron a moverse al ritmo de la música. Ser el centro de atención de todos ellos la sumergía en una sensación mágica; sentía que era la reina. Agarró la barra y se acercó lentamente a la vez que giraba alrededor de ella. Subió las manos para colgarse, dejando el frío metal abrazado por sus piernas. Lo notaba helado a través de la braguita. Se deslizó hacia abajo, hasta que sus pies tocaron el suelo, sintiendo cómo el acero resbalaba entre sus muslos. Lo colocó entre sus pechos y los pezones se le erizaron nada más entrar en contacto con él. En un giro rápido de cabeza dirigió la vista hacia Víctor. Sus miradas se quedaron clavadas. El ejecutivo, que antes fuera su jefe aunque él no lo supiera, la miraba sin perder detalle, hipnotizado por el sensual baile. Lucía fue consciente del deseo que estaba provocando en él y se dejó llevar. Colocó las manos sobre sus pechos y los juntó, atrapando la barra entre ellos y, sin dejar de observarle, hizo un movimiento con todo el cuerpo, hacia abajo y después hacia arriba

flexionando las rodillas. Víctor cogió la copa de la mesa y tomó un trago sin dejar de mirar el espectáculo.

A medida que pasaban los minutos el sudor le iba cubriendo el cuerpo, tenía la piel tan húmeda que brillaba bajo los focos. Puso las manos en la parte inferior de su juguete de acero, junto al suelo para elevar las piernas por encima de sus caderas. Después se colgó boca abajo, manteniendo una pierna pegada a la barra y flexionando la otra. Finalmente la abrazó con las piernas y subió las manos hasta la altura del pecho para ponerse horizontal.

En ese momento salió otra de las chicas de los camerinos para continuar con el espectáculo. Lucía bajó de la barra, clavó la mirada de nuevo en Víctor y, con un sensual giro de caderas, se dirigió a los camerinos para refrescarse.

Llevar la bata de seda del club era casi como ir desnuda. La fina tela se le ajustaba al cuerpo a la perfección y era corta, tanto que apenas caía un palmo por debajo de la ropa interior. Cruzó la sala en dirección al bar ante la atenta mirada de muchos de los miembros, pero Víctor no estaba entre ellos. Se sentó en la barra e hizo un gesto a Martín para que le pusiera algo de beber.

- ¿Agua? –le preguntó desde el otro lado de la barra.
- Sí, por favor, estoy sedienta.

Martín abrió una de las cámaras y sacó una botella.

- Gracias, bailar me deja deshidratada.
- De nada –le guiñó un ojo y continuó atendiendo la abarrotada barra, esa noche tenía mucho trabajo.

Lucía abrió el tapón para beber un sorbo cuando oyó la voz de alguien que le hablaba desde detrás. Se giró. Delante de ella había un hombre alto, más bien delgado pero de aspecto fuerte. Levantó la cabeza y le reconoció inmediatamente; era Víctor Samboal.

- Me ha encantado tu número, ¿puedo invitarte a una copa? –sonrió.

- Muchas gracias, ya tengo la botella de agua –dijo devolviéndole una sonrisa forzada; intentaba ser lo más amable posible.
- Imagino que no bebes cuando trabajas.
- Ha dado en el clavo, de todos modos no acostumbro a beber alcohol.
- ¿Cuánto llevas aquí? No te había visto antes.
- Un mes.
- Hace tiempo que no vengo –sonrió de nuevo.
- ¿Suele venir mucho? –de pronto tuvo curiosidad por sus hábitos.
- La verdad es que no, sólo de vez en cuando, para tomar una copa y cambiar de aires –miró a Martín y le hizo una señal levantando el brazo.
- ¿Lo mismo de antes? –se acercó para atenderle.
- Sí, por favor.
- Ahora mismo –sacó un vaso de cristal, le puso mucho hielo y lo llenó hasta la mitad.
- Me llamo Víctor Samboal –dijo su nombre mirándola fijamente, perdido en el verde de sus ojos.
- Lucía Vergara –contestó. Entonces él se acercó para darle dos besos.
- Encantado de conocerte, Lucía –sonrió de nuevo para después dirigir la mirada un poco más abajo. Ésta vez pareció perderse entre los pliegues de seda de su bata.
- Igualmente Víctor, es un placer – ahora se sintió observada.
- Nunca había visto una chica como tú en el club.
- ¿Como yo? –no sabía exactamente qué quería decir.
- Es la primera vez que veo una chica tan interesante aquí.
- ¿Cómo puede saber si soy interesante? Es la primera vez que hablamos, señor Samboal.
- Una mirada puede decir mucho sobre una persona, más que una conversación –la expresión de su cara reflejaba seguri-



dad en si mismo -. Por favor, tutéame o llámame simplemente Víctor.

- Gracias, Víctor -no sabía muy bien qué decir -¿Qué ha hecho que vengas hoy al club?
- Nada en especial, a veces vengo para olvidarme del mundo de los negocios por unas horas. Me gusta tomar una copa a solas de vez en cuando.
- ¿No trata con el resto? -era un poco raro, normalmente los socios del club aprovechaban para hacer relaciones con gente de su estatus, de la alta sociedad y del mundo de los negocios.
- Prefiero evitarlo, ya tengo bastantes lameculos a mi alrededor a lo largo del día. Trabajo en un banco.
- Lo sé, trabaja en el BKS BANK.
- Pensaba que nos acabábamos de conocer -ahora era él quién estaba desconcertado -, y preferiría que me tutearas, en serio, es un poco cargante que te hablen con tanta educación en todas partes.
- Perdona.
- No pasa nada -sonrió -dime, ¿cómo sabes donde trabajo? Me tienes intrigado.
- He trabajado once años en el BKS, todo el mundo le conoce.
- ¿Has trabajado en el banco?
- Sí, administrativa en las oficinas centrales de La Castellana.
- Me parece surrealista, mi despacho está allí.
- ¿Sorprendido?
- Mucho, lo último que esperaba encontrar aquí es a una empleada del banco.
- Ex empleada -aclaró -, empecé a trabajar en el *Luna Llena* cuando me despidieron.
- ¿Te han despedido?

- A finales de junio, por motivos objetivos, es la excusa perfecta para reducir plantilla.
- Lo es. Pero me alegro de que te despidieran, si es que trabajas aquí por ese motivo –sonrió efusivamente–. Es broma, siento que hayas perdido tu trabajo, si lo necesitas puedo hacer que te readmitan.
- Te lo agradezco, pero si tuviera que volver a meterme en una oficina creo que me moriría.
- Supongo que este trabajo no es tan agobiante –cogió su copa y la terminó de un trago.
- Es totalmente distinto, este sitio me hace sentir especial.
- Lo eres, y me gustaría verte más veces por aquí –realmente lo esperaba–. Ahora tengo que irme –vaciló un instante–. Mira, si necesitas recuperar tu antiguo trabajo sólo tienes que llamarme, ¿De acuerdo? –sacó una tarjeta del bolsillo interior de la americana y se la dio–. Si necesitas el trabajo o... cualquier cosa. –La besó en la mejilla y se marchó.

Lucía tuvo una extraña sensación. No estaba muy segura de lo que acababa de ocurrirle. El consejero delegado del BKS, Víctor Samboal, se había interesado por ella de forma muy diferente a lo habitual entre los miembros del club –. ¿Por qué tanto interés? y, ¿por qué tendría que irse? –se sentía extrañada.

Estaba a punto de amanecer cuando salió del club. Nada más entrar en el coche notó el frescor que la corta noche había dejado en él. Bajó la ventanilla, arrancó el motor y salió hacia su casa. Por el camino no dejaba de pensar en la conversación con Víctor. En casa, por fin, se quitó los zapatos y se desnudó. Bajó la persiana del dormitorio para impedir que entraran los rayos de sol del amanecer y se metió en la cama.

Durante unos minutos siguió dándole vueltas a lo mismo, hasta que perdió la consciencia sumida en un profundo sueño.